

Entresijos de las elecciones generales de 2024 y reconfiguración del poder político en México: conclusiones de la obra

ALDO ADRIÁN MARTÍNEZ-HERNÁNDEZ

LUIS ANTONIO GONZÁLEZ TULE

ONIEL FRANCISCO DÍAZ JIMÉNEZ

Desde una perspectiva multidisciplinaria, esta obra colectiva analizó las instituciones, los actores clave y las dinámicas predominantes en las elecciones generales de 2024. Para ello, se delinearon dos objetivos generales: por un lado, se buscó ofrecer líneas analíticas que permitieran comprender los comicios en su complejidad y sus atributos más significativos; por otro, se propuso identificar los retos emergentes derivados de la reconfiguración del poder político producto de este proceso electoral.

El libro se concibió como una herramienta crítica para interpretar las elecciones, desde la observación clásica de los comicios, hasta las innovaciones características de este proceso, todo ello a través de un diseño constituido por once capítulos, dividido en tres partes temáticas: 1) la configuración del poder político, así como el cambio en los procesos de competencia política y del nuevo sistema de partidos; 2) la paridad de género, la representación y la movilización política; y 3) el comportamiento electoral y las estrategias de campaña. Dichas partes presentaron una lectura integral del proceso electoral, que atienden tanto a los elementos de continuidad como a las rupturas respecto a ciclos electorales anteriores.

La primera parte examinó la reestructuración del sistema de partidos en los niveles nacional y subnacional, con énfasis en las dinámicas territoriales y las estrategias organizativas de competencia. La segunda, abordó los cambios en la participación ciudadana y la representación política —con una reflexión crítica sobre el impacto de la presencia femenina en los espacios de decisión política y la reconfiguración de la representación bajo un nuevo arreglo institucional—, y la identificación de prácticas informales de movilización en contextos locales y su persistencia. La tercera parte del libro se enfocó en las campañas electorales y el comportamiento del electorado, con atención a diversas variables y factores de largo, mediano y corto plazo que influyen sobre el voto, las tendencias en la opinión pública, así como las narrativas mediáticas y el uso estratégico de redes sociales y plataformas digitales.

Con esta propuesta, el libro apostó por un matiz analítico frente a un contexto marcado por la polarización política y la transformación acelerada del sistema político. La obra colectiva ofreció una mirada fresca, rigurosa y metodológicamente sólida. El propósito de la obra es contribuir al debate académico sobre la evolución democrática en México, al proporcionar insumos teóricos y empíricos para interpretar un momento de alta relevancia histórica en la trayectoria institucional y democrática del país; estos se condensan en cada parte temática

que, en sí misma, configura las principales conclusiones de la obra, que a continuación se desglosan.

LA COMPETENCIA POLÍTICA Y EL NUEVO SISTEMA DE PARTIDOS

A lo largo del texto colectivo, se evidenció que las elecciones federales de 2024 no solo significaron el ascenso de la primera mujer a la presidencia del país, sino que, además, afianzaron aquellas lógicas de competencia gestadas en los comicios de 2018 y 2021. Como se demostró en la primera parte del libro, el resultado de estas elecciones consolidó una nueva estructura de competencia partidaria que redefinió las formas de representación política. El triunfo del Movimiento de Regeneración Nacional (Morena), que lo posiciona como fuerza dominante, respondió a un respaldo electoral mayoritario y a la validación programática de su proyecto político, sustentado en una amplia base social.

Como se ha discutido a lo largo de esta obra, este proceso electoral evidenció también una alta polarización política y social, lo cual contribuyó, junto con otras variables relevantes analizadas a lo largo de la obra, a que Morena, en conjunto con una coalición de partidos aliados, controlara y mantuviera el control de los poderes Ejecutivo y Legislativo federales, así como avanzar con fuerza hacia la consolidación territorial de su base y estructura a nivel subnacional y municipal, al gobernar la mayoría de los estados y las principales ciudades del país (incluyendo capitales). Esto adquiere especial relevancia ante el colapso de partidos tradicionales como el Partido de la Revolución Democrática (PRD), y el fuerte debilitamiento del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el Partido Acción Nacional (PAN) que, como oposición, plantean interrogantes sobre el equilibrio institucional y la calidad democrática de un nuevo sistema en proceso de asentamiento.

Para entender lo anterior, una primera explicación se ubica en las dinámicas de competencia que se estructuraron en gran parte del siglo XX, en donde la política mexicana se caracterizó por un sistema de partido hegemónico, en el que el PRI mantuvo un control casi absoluto del poder político y electoral a escala nacional, incluyendo ambas cámaras legislativas y el Poder Ejecutivo. La alternancia política sucedida en el año 2000 marcó el declive de esta hegemonía. En ese año, el PAN accedió al ejecutivo durante dos sexenios consecutivos (2000–2006 y 2006–2012), aunque sin lograr mayorías legislativas que le permitieran llevar a cabo su plan de gobierno ni reformar la Constitución, lo que dio lugar a un largo proceso de gobiernos divididos. El retorno del PRI a la presidencia, en 2012, no significó una restauración de su antiguo poder, sino la continuación de un modelo de gobernabilidad fragmentada que solo pudo ser superado a través del llamado *Pacto por México*, una estrategia de colusión interpartidista entre el gobierno priista y la oposición panista y perredista, que terminó por diluir lo poco que quedaba de las tenues diferencias ideológico-programáticas entre las tres principales fuerzas del sistema de partidos (Díaz Jiménez, Patrón Sánchez y González Tule, 2023; Díaz Jiménez y Martínez-Hernández, 2024).

Como mencionan Aldo A. Martínez-Hernández y Oniel F. Díaz Jiménez en su capítulo, ese periodo culminó en las elecciones de 2018, las cuales representaron un punto de inflexión en el sistema de partidos mexicano; en donde Morena, fundado apenas un lustro antes, logró capturar no solo la presidencia, sino también una holgada mayoría legislativa capaz de modificar leyes secundarias y, mediante coaliciones muy estables con partidos aliados, y más coyunturales con los de la oposición, alcanzar mayorías calificadas para realizar reformas constitucionales. Este nuevo periodo de la política mexicana se puede considerar como

el punto más álgido de un acelerado proceso de desinstitucionalización de la competencia partidista que había iniciado desde finales de la última década del siglo XX.

Las elecciones de 2024 confirmaron esta tendencia, en la cual los partidos tradicionales, PRI, PAN y PRD, sufrieron un nuevo retroceso. El PRD perdió su registro nacional, mientras que el PRI y el PAN, aunque conservaron algunos de sus bastiones electorales, vieron de forma considerable disminuida su fuerza electoral en el resto del país. Inclusive, su papel como principales fuerzas opositoras en el Congreso recuerda una situación similar vivida por la oposición en los años ochenta y noventa: partidos con presencia regional, pero limitados en su capacidad de influencia a nivel nacional.

Las implicaciones legislativas de las elecciones de 2024 son de gran relevancia para las autoras y los autores, ya que, por primera vez desde el fin del sistema de partido hegemónico priista, una coalición logró una mayoría calificada en el Congreso, lo que no ocurría desde antes de las elecciones intermedias de 1997. Aunque Morena no alcanzó dicha mayoría por sí solo, su alianza con el Partido del Trabajo (PT) y el Partido Verde Ecologista de México (PVEM) le permitió consolidar un Poder Legislativo sin precedentes en la era democrática. Este escenario plantea un desafío crucial para las instituciones construidas en las últimas décadas, y abre un nuevo capítulo en la gobernabilidad democrática del país, en el que se pondrá a prueba la solidez de estas instituciones del sistema político mexicano frente a una nueva etapa de concentración del poder en un gobierno de partido.

A nivel subnacional, el predominio de Morena también se consolidó, aunque con matices. De las nueve gubernaturas en disputa, la coalición oficialista ganó siete, con lo que alcanzó el control de 24 entidades federativas, incluida la ciudad de México. La oposición retuvo nueve estados, distribuidos entre el PAN (cuatro), PRI (dos) y Movimiento Ciudadano (MC) (dos). Morena también obtuvo mayorías calificadas en 27 congresos locales. No obstante, en el ámbito municipal la oposición logró conservar espacios relevantes, lo que muestra que la competencia partidista aún presenta dinámicas diferenciadas según el nivel de gobierno.

Desde una visión subnacional, el capítulo de Javier Rosiles identificó cuatro elementos clave que permiten caracterizar a este nuevo modelo de disputa electoral: 1) cambios sustanciales en el rendimiento de los partidos nacionales; 2) variaciones en el comportamiento del electorado; 3) transformaciones en los perfiles de quienes acceden a las gubernaturas; y 4) innovaciones en los mecanismos de selección de candidaturas. Bajo estos elementos, el autor formuló una tipología de tres modelos que han estructurado la disputa político-electoral en México durante las últimas tres décadas. El primero corresponde al periodo de hegemonía del PRI, caracterizado por un dominio casi absoluto del poder sin una oposición competitiva, lo que reflejaba un sistema cerrado y vertical de competencia. El segundo modelo, vigente entre 2000 y 2018, se definió por la emergencia de un pluralismo moderado, en el que el PRI compartió espacios de poder con el PAN y el PRD, lo que configuró un sistema tripartito que reemplazó el antiguo esquema unipartidista, un sistema más abierto, y permitió la alternancia y la diversificación del poder. El tercer modelo surgió con la irrupción de Morena como fuerza dominante, que marcó una transformación profunda del sistema de partidos. Lo anterior representaría una nueva etapa de transición en la que coexisten elementos de los modelos anteriores, pero también nuevas dinámicas que redefinen la relación entre partidos, electorado e instituciones.

Sobre este último modelo, Rosiles advierte que, si bien Morena exhibe rasgos de predominancia y una vocación hegemónica, opera en un entorno de pluralidad política, y enfrenta resistencias electorales que, al menos hasta las elecciones de 2024, han impedido la

consolidación plena. Este escenario plantea desafíos sustantivos para la institucionalidad democrática, la gobernabilidad y la representación política en el país. El estudio de estas transformaciones, en especial en el ámbito subnacional, resulta crucial para comprender el rumbo de la democracia mexicana en los años por venir.

En línea con los estudios anteriores sobre la transformación del sistema de partidos, precisamente en el ámbito subnacional, Juan Pablo Navarrete analizó la evolución de la competencia política, en particular en las elecciones de gobernadores. A través de un enfoque comparado, su capítulo revisó las alternancias políticas desde 1989 hasta las elecciones de 2024, en donde destaca el papel de los partidos tradicionales (PRI, PAN y PRD) como impulsores de la democratización y el pluralismo, así como el ascenso de Morena.

Su estudio ofreció una visión panorámica de la disputa por el poder subnacional, al identificar los periodos de mayor competitividad, tanto en términos agregados como específicos, en donde el PAN y el PRD desempeñaron un papel fundamental. Entre 1989 y 2019, estos partidos lograron 26 de las 31 primeras alternancias, lo que estableció las bases para un sistema plural y competitivo. Morena, en contraste, accedió a un sistema ya pluralizado, ya que obtuvo solo cuatro primeras alternancias, lo que evidencia que su consolidación se dio en un entorno previamente democratizado, con una evolución de la competencia electoral y la consolidación de nuevas fuerzas políticas.

Además de la evidencia empírica reseñada por el autor, su análisis sugiere un proceso de redistribución del voto, enmarcado en una narrativa oficial que polariza la competencia entre dos polos: el partido gobernante y una oposición desgastada. Esta polarización ha sido una constante en el discurso político y pieza clave de estas elecciones.

El mismo estudio presenta una tipología de elecciones, al identificar cambios significativos en el comportamiento electoral. Un punto de inflexión es que, producto de estas elecciones, de las victorias morenistas en gubernaturas 14 fueron de realineamiento, nueve de desviación y siete de permanencia, siendo estas últimas principalmente en las elecciones de 2024. Un punto a destacar es que Morena no ha perdido aún ninguna gubernatura que ha ganado desde 2018.

Según esta perspectiva, el desplazamiento de los partidos tradicionales se explica en parte por el realineamiento electoral y la consolidación de un voto duro desde 2018, que se mantuvo en 2024. Esto se debió a la figura de un líder carismático con amplio respaldo popular, lo que permitió a Morena competir con alta legitimidad electoral y la expansión territorial del proyecto político de la Cuarta Transformación (4T). La victoria de Claudia Sheinbaum en 2024 marca la continuidad de este proyecto, pero también abre una nueva etapa en la política mexicana. Esto, a pesar de los intentos por modificar las reglas electorales, las elecciones federales de 2024 se llevaron a cabo bajo el mismo marco normativo que en 2018, lo que permitió mantener la confianza en las instituciones electorales.

En el mismo sentido, Fernando Patrón, en su análisis sobre la evolución de los congresos locales tras las elecciones de 2024, documentó la transición desde un sistema multipartidista hacia un predominio legislativo de Morena y sus coaliciones. Su estudio evidencia un descenso sostenido en la diversidad legislativa y una creciente concentración del poder a nivel subnacional, que refleja una pérdida de pluralidad que en potencia afecta de forma directa la representación política y la calidad del debate legislativo.

Este proceso de concentración legislativa, menciona el autor, retoma patrones históricos del sistema político mexicano, en particular aquellos que se observaron durante el periodo de hegemonía del PRI en el siglo XX. El capítulo señala que, pese a que la centralización del

poder puede facilitar la coordinación entre poderes y la gobernabilidad en el corto plazo, también podría derivar en prácticas de opacidad, discrecionalidad y exclusión de minorías políticas y sociales. En el ámbito subnacional, esta consolidación de mayorías legislativas por parte de Morena podría exacerbar tensiones entre los niveles federal y estatal, en especial cuando las agendas nacionales no se alinean con las necesidades locales.

Para el autor, la pérdida de pluralidad legislativa tiene implicaciones profundas para la calidad democrática. La representación política, entendida como la canalización efectiva de demandas ciudadanas diversas, se ve comprometida en contextos en donde la oposición es débil o marginal. Los resultados de 2024 muestran una tendencia hacia la homogenización política en varios estados, lo que limitaría la inclusión de voces disidentes y reduciría la capacidad de los congresos locales para ejercer funciones de control y supervisión de los gobernadores morenistas.

Fernando Patrón concluye que la hegemonía legislativa de Morena, aunque funcional para consolidar una agenda política y un programa de gobierno, plantea interrogantes sobre el futuro del pluralismo y la democracia en México. Las elecciones de 2024 no representan un punto de cierre, sino un momento crítico para reflexionar sobre el equilibrio de poder, la calidad de la representación y la resiliencia institucional democrática. En última instancia, el sistema político mexicano se encuentra ante la disyuntiva de consolidar una gobernabilidad eficaz sin sacrificar los principios fundamentales de la democracia representativa. En este contexto, los partidos tradicionales enfrentan el reto de reconstruir su relevancia política. Esto implica no solo la formación de alianzas estratégicas, sino también una renovación programática que responda a las demandas sociales emergentes. En paralelo, es indispensable fortalecer las capacidades institucionales de los congresos locales para garantizar su papel como contrapesos efectivos, lo cual requiere reformas orientadas a promover la deliberación plural y la rendición de cuentas.

BALANCE DE LA PARIDAD DE GÉNERO, REPRESENTACIÓN Y MOVILIZACIÓN POLÍTICA

Desde distintos enfoques, los capítulos reunidos en la segunda parte del libro abordaron los avances, las tensiones y las contradicciones que atraviesa la participación política de las mujeres en México. Por un lado, se analizó el incremento en el número de mujeres en cargos ejecutivos y legislativos y si ello representó una ruptura definitiva del techo de cristal, o si, por el contrario, encubre nuevas formas de exclusión y violencia de género. Por otro, se examinaron las estrategias de movilización político-electoral, en particular aquellas sustentadas en incentivos selectivos, que revelan las complejidades del acceso al poder en un sistema partidista aún marcado por prácticas patriarcales.

En la generalidad de los capítulos, queda claro que la elección de la primera presidenta de México constituye un hito histórico en la trayectoria democrática del país. Sin embargo, este logro no debe interpretarse como el fin de las barreras estructurales y simbólicas que enfrentan las mujeres en el acceso y ejercicio del poder. Como plantea Elizabeth Prado en su capítulo, la implementación de la reforma constitucional de paridad en 2018 permitió una expansión sin precedentes de la representación femenina, primero en los espacios legislativos y más reciente en el Poder Ejecutivo. No obstante, la persistencia de dinámicas de violencia política de género y prácticas partidistas excluyentes obliga a matizar cualquier lectura triunfalista.

En esta idea, los capítulos que integran esta parte responden a un cuestionamiento central que versa en torno a si las mujeres han roto el techo de cristal. Para Elizabeth Prado, si se entiende dicho techo como un conjunto de barreras invisibles que impiden el ascenso a posiciones jerárquicas, los avances son evidentes. Pero, si se considera que esas barreras están sostenidas por estructuras de violencia simbólica, institucional y política que continúan operando, entonces el análisis debe ir más allá de los números y centrarse en las condiciones reales para ejercer el poder sin enfrentar discriminación, hostigamiento o subordinación.

En esta perspectiva, la autora señala que los resultados de 2024, aunque históricos, no deben ocultar que el sistema político en México sigue operando bajo una lógica predominante patriarcal. A pesar de los avances normativos, como el principio constitucional de paridad (2014) y el mandato de paridad en todo (2019), las prácticas internas de los partidos continúan reproduciendo esquemas de dominación masculina. Las decisiones sobre candidaturas, incluso cuando favorecen a mujeres, están atravesadas por negociaciones que perpetúan el control masculino sobre los espacios de poder.

Su capítulo sostiene que los cambios recientes en el marco jurídico y electoral han sido fundamentales para abrir espacios, pero su impacto en las prácticas partidistas ha sido aún limitado, ya que estas han mantenido lógicas de disciplina partidista que subordinan variables como el género o las agendas feministas.

En suma, el capítulo concluye mencionando que la elección de la primera presidenta y el aumento de gobernadoras en 2024 son logros que deben celebrarse como conquistas de generaciones de mujeres que han luchado por ocupar espacios de decisión. Sin embargo, estos avances deben ser acompañados por una transformación profunda de las estructuras partidistas, institucionales y culturales que siguen reproduciendo desigualdades. La igualdad sustantiva no se alcanza solo con presencia numérica, sino con condiciones reales para ejercer el poder en libertad, sin violencia y con capacidad de incidir en las agendas públicas, un reto que enfrenta la democracia mexicana en su nueva etapa.

En el mismo sentido se encuentran las condiciones socioculturales, las cuales, como mencionan Elizabeth Prado y Lorena Vázquez en sus respectivos capítulos, no solo se evidenciaron en el acceso a las candidaturas, sino también en la obtención de recursos, la toma de decisiones estratégicas durante las campañas y la forma de gestionar la derrota. La estructura organizativa de los partidos, los mecanismos de selección de perfiles y las dinámicas internas que definieron el rumbo electoral operaron bajo una lógica que no incorporó una perspectiva de género. Así, las barreras organizacionales se rigen bajo una forma patriarcal y masculina de hacer política, que requiere transformarse hacia un modelo más justo, transparente, inclusivo y libre de violencia política.

Este último punto sigue siendo para Elizabeth Prado una expresión de una cultura de dominio masculino que se resiste a ceder espacios de poder. Su estudio evidenció que la violencia no desaparecerá solo con la ruptura del techo de cristal, pues sus raíces están profundamente arraigadas en las creencias, las prácticas y las estructuras que sostienen el orden político tradicional. Por ello, es indispensable continuar avanzando en la erradicación de estas formas de violencia, no solo desde el marco legal, sino también desde una transformación cultural que cuestione y desmonte las lógicas de exclusión.

Queda mencionar que la llegada de mujeres a cargos ejecutivos y legislativos, incluida la presidencia de la república, representa un avance significativo en términos de representación. Sin embargo, este logro debe ser acompañado por una transformación profunda de las estructuras que siguen reproduciendo desigualdades. La igualdad sustantiva no se alcanza

únicamente con presencia numérica, sino que requiere condiciones reales para ejercer el poder en libertad, sin violencia y con capacidad de incidir en las decisiones públicas. Este es el desafío que enfrenta la democracia mexicana en su nueva etapa: construir un sistema político de verdad incluyente, en donde el género no sea una barrera, sino una dimensión legítima y respetada del ejercicio del poder.

El proceso electoral de 2024 representó un momento histórico no solo por la magnitud de los cargos en disputa, sino por los avances significativos en la construcción de una democracia más inclusiva y paritaria. Desde una perspectiva de género y diversidad, los capítulos reunidos en esta obra documentan transformaciones relevantes en distintos niveles de gobierno, con especial énfasis en el ámbito subnacional, en el que persisten los mayores desafíos para la redistribución equitativa del poder político.

Como señala Lorena Vázquez Correa en su capítulo, el nivel municipal, en particular las presidencias municipales, continúa siendo el espacio en donde las barreras para alcanzar la paridad de género son más evidentes. El estudio también documenta avances en la representación proporcional, como el ajuste de listas para cumplir con la paridad en la integración de la Cámara de Diputados y el Senado, así como la llegada de cuatro personas no binarias a cargos legislativos locales en Aguascalientes, Hidalgo y Tlaxcala. Estos hechos, junto con la reelección de senadurías bajo criterios de género, evidencian que la inclusión política está adquiriendo nuevas dimensiones, más allá del binarismo tradicional.

Uno de los hallazgos más relevantes es que, a nivel local, la aplicación de acciones afirmativas para grupos en situación de vulnerabilidad ha sido más diversa y sustantiva que en el ámbito federal. Entidades como Yucatán, Quintana Roo, Querétaro, Oaxaca, Morelos, Durango y la ciudad de México implementaron medidas para garantizar la participación de personas adultas mayores, mientras que Yucatán fue la única en aplicar acciones afirmativas para personas en situación de pobreza. Además, 20 entidades adoptaron medidas específicas para personas jóvenes, lo que confirma la importancia de observar y analizar las dinámicas subnacionales en la competencia política.

El proceso electoral de 2024 también estuvo marcado por la aprobación de la reforma constitucional en materia de elección de cargos del Poder Judicial, que incluye disposiciones de paridad de género. Esto amplía el horizonte de análisis y exige que las futuras investigaciones sobre reglas electorales incorporen también el ámbito judicial como parte integral de la arquitectura democrática.

Como cierre de esta parte, se identifica que los resultados de cada proceso electoral en términos de inclusión de mujeres y otros grupos marginados a lo largo de la historia es fundamental para identificar avances, retrocesos y desafíos en la democracia mexicana; por lo que la construcción de una democracia paritaria requiere el esfuerzo conjunto de la academia, el activismo y el litigio estratégico, así como una vigilancia constante sobre la implementación efectiva de las disposiciones constitucionales.

Desde otra perspectiva, ahora informal de la competencia política, Joy Langston planteó una preocupación central sobre los partidos tradicionales y el clientelismo. Para la autora, el caso del PAN es ilustrativo para comprender cómo los incentivos individuales de los actores políticos pueden reconfigurar las prácticas partidistas en contextos democráticos. Al respecto, la autora indica que, durante los esfuerzos iniciales por fortalecer los vínculos con la ciudadanía mediante programas de participación social en gobiernos municipales y estatales, los cuadros fueron adoptando de forma gradual mecanismos de intercambio particularista, como redes clientelares y asociaciones vecinales para asegurar apoyos electorales. Esta

estrategia, aunque eficaz en términos de movilización y resultados en las urnas, transformó la lógica de competencia del partido, alejándola de sus principios fundacionales.

En este marco, su análisis evidenció que la institucionalización de estas redes clientelares generó una dinámica de dependencia mutua entre políticos y ciudadanos, en la que las demandas por beneficios particulares se volvieron recurrentes. En lugar de canalizar recursos hacia políticas públicas estructurales, los funcionarios optaron por mantener esquemas de distribución privada de bienes, al reforzar prácticas de patronazgo y debilitar la capacidad institucional para implementar reformas de largo alcance.

Esto es evidente en el caso de Aguascalientes, en donde el PAN ha logrado consolidarse como fuerza dominante, al articular una coalición que combina el respaldo de empresarios locales e internacionales con redes clientelares activas. Sin embargo, esta configuración, concluye la autora, también ha generado tensiones internas, en especial en torno al uso de recursos públicos para fines electorales y la participación de burócratas en campañas permanentes, lo que plantea interrogantes sobre la sostenibilidad democrática de este modelo.

En suma, el análisis de Langston permitió entender cómo los partidos pueden adaptarse de forma estratégica a los cambios en el sistema político y el comportamiento del electorado, incluso a costa de sus principios ideológicos. En particular el PAN, en su tránsito desde una oposición ética y programática hacia una fuerza pragmática y clientelar, refleja los dilemas de la democracia mexicana en la era de la competencia electoral intensiva. Este fenómeno no solo redefine las estrategias partidistas, sino que también obliga a repensar el papel de la ideología, la participación ciudadana y la rendición de cuentas en el fortalecimiento de las instituciones democráticas en torno a las figuras de representación clásicas.

COMPORTAMIENTO ELECTORAL Y ESTRATEGIAS DE CAMPAÑA

La tercera y última parte de esta obra se centró en el análisis de diversas variables de largo plazo que explican las decisiones de voto de los mexicanos, así como en las estrategias mediáticas y otros factores de mediano y corto plazo que también moldearon el comportamiento electoral durante el proceso electoral de 2024. Los capítulos aquí reunidos examinaron cómo los ciudadanos decidieron su voto, los actores políticos en competencia diseñaron sus tácticas y estrategias comunicativas, y cómo estas influyeron en las decisiones del electorado, en un contexto marcado por la consolidación de nuevas tecnologías como canales de comunicación política y la creciente polarización afectiva y discursiva. Los capítulos también profundizaron en el papel de las plataformas digitales como herramientas de segmentación y personalización de mensajes, lo que ha transformado de manera radical la comunicación política. Si bien estas tecnologías permiten una mayor precisión en el alcance de públicos específicos, también plantean desafíos importantes, como la intensificación de la polarización, la circulación de desinformación y el posible debilitamiento del debate democrático.

En conjunto, los hallazgos de esta parte auxilian a la comprensión del triunfo electoral morenista y cómo se articulan las estrategias comunicativas, las percepciones ciudadanas y las estructuras partidistas en la definición del voto. El proceso electoral de 2024 no solo reafirmó la centralidad de los factores de corto plazo en la decisión electoral, sino que también reveló la relevancia del desarrollo de las lealtades partidistas en la construcción y consolidación de las bases de apoyo político a Morena. Estos elementos son fundamentales para entender la evolución del comportamiento electoral en México, así como para anticipar los desafíos que enfrentará la democracia en los próximos ciclos electorales.

Los análisis presentados en esta sección confirman un cambio significativo en los patrones de comportamiento electoral en México, en el marco de una nueva etapa del sistema de partidos. Uno de los hallazgos más relevantes es el declive del peso explicativo de variables actitudinales como la orientación ideológica, que en elecciones presidenciales previas había sido determinante. En su lugar, las opiniones sobre el desempeño gubernamental y los candidatos han adquirido una centralidad creciente como factores explicativos del voto, lo que refleja una erosión profunda de las lealtades partidistas hacia los partidos que protagonizaron la transición democrática.

El análisis de Oniel Díaz Jiménez, Carlos Sánchez y Sánchez y Miguel Alva Rivera ofreció una mirada integral del comportamiento electoral en la contienda presidencial de 2024, comparándolo con procesos electorales anteriores. A través de modelos de regresión logística, los autores demostraron que variables de mediano y corto plazo, como la aprobación presidencial, las evaluaciones de la economía y, sobre todo, las opiniones sobre las principales candidatas entre el electorado, fueron determinantes en las decisiones de voto, en especial en el caso de la candidata de Morena. Sin embargo, los autores también observaron una influencia significativa de factores de largo plazo, como el partidismo de los votantes, que continúa siendo, como en el pasado, un predictor muy relevante del comportamiento electoral. Dado que se ha registrado un crecimiento significativo de la base partidista morenista y un declive significativo de las bases de los partidos de oposición durante la administración lopezobradora (véase también el estudio introductorio de la obra), esto se ha traducido en una ventaja estructural muy importante para los candidatos del partido guinda. No obstante, los autores también advierten que no sería posible explicar el marcado incremento de la base morenista sin aludir a los altos niveles de aprobación presidencial y satisfacción con el estado de la economía entre la población, todo ello derivado en buena medida por los resultados de las políticas salariales, sociales y de combate a la pobreza del gobierno de Andrés Manuel López Obrador (AMLO).

Asimismo, su análisis muestra que, con excepción de la religiosidad y el ingreso, en general las variables sociodemográficas y socioeconómicas mostraron una capacidad explicativa muy limitada respecto a las decisiones de voto, tal y como ha ocurrido también en las dos elecciones federales previas. No obstante, los autores también sugieren que las variables estructurales podrían adquirir mayor relevancia en el futuro, sobre todo si partidos como Morena o MC logran establecer vínculos duraderos con sectores otrora alineados a los partidos tradicionales. De hecho, su análisis mostró que la base electoral de Morena se asemeja cada vez más a la del antiguo PRI, con un apoyo creciente entre votantes de menor nivel educativo y socioeconómico, lo que podría consolidar una nueva configuración, quizás más estable a futuro, del sistema de partidos. Por último, su análisis de las variables que influyeron de manera significativa sobre la imagen de las principales candidatas durante la contienda revela que, de manera similar a lo ocurrido con las preferencias electorales, variables como la aprobación presidencial, la identificación partidista y el partidismo negativo entre el electorado independiente, así como las estrategias partidistas y de campaña desplegadas en plataformas digitales a lo largo del proceso electoral, fueron muy importantes para comprender la buena o mala opinión que desarrollaron los ciudadanos sobre ambas candidatas. Respecto a los efectos de variables de polarización política, como el partidismo negativo entre el electorado independiente, se destaca que mientras que el anti-morenismo entre estos electores tuvo un impacto negativo en la imagen de Claudia Sheinbaum, el anti-priismo, por el contrario, se asoció con una buena opinión de la candidata. Por su parte, el anti-panismo y

el anti-perredismo se relacionaron con una mala opinión de Xóchitl Gálvez, lo que limitó en buena medida el crecimiento de la panista entre este segmento tan amplio y relevante del electorado.

Respecto de las estrategias de campaña, el capítulo de Luis Antonio González Tule examinó el uso de campañas negativas como herramienta electoral, al identificar que su implementación no estuvo necesariamente vinculada a la competitividad de la contienda ni a la cercanía del día de la elección, como suele argumentarse en la literatura. En el caso de 2024, la coalición opositora recurrió a mensajes negativos a pesar de que la distancia entre la candidata puntera, Claudia Sheinbaum, y su principal contendiente, Xóchitl Gálvez, se mantuvo por encima de los 25 puntos porcentuales durante toda la campaña. Este hallazgo sugiere que la posición en las encuestas, y el hecho de formar parte de la oposición, fueron los principales detonantes del uso de ataques, más que la dinámica competitiva del proceso.

La evidencia desglosada en su análisis pone a discusión que el recurso a campañas negativas está estrechamente asociado a la desventaja electoral y la necesidad de desestabilizar al adversario mejor posicionado. Sin embargo, el análisis también advierte que no existe garantía alguna de que estas estrategias logren modificar las preferencias del electorado. Su impacto depende de múltiples variables intervinientes, como el nivel educativo, el interés por la política, la exposición a medios, la forma en que se procesa la información y las predisposiciones ideológicas de las y los votantes.

El contexto electoral de 2024 deja ver que las posibilidades de alterar las tendencias de voto no dependían de una estrategia de ataque, sino de una comprensión más profunda del nuevo perfil del electorado. Desde 2018, la oposición ha fallado en construir una alternativa programática sólida, al optar por una crítica constante sin propuestas, una campaña negativa permanente y una actitud de confrontación institucional, como lo ejemplifica la llamada “moratoria constitucional”. Esta falta de renovación ideológica y de cuadros políticos ha limitado su capacidad de reconectar con el electorado, que ha cambiado de modo sustancial desde las elecciones de 2006.

Para el autor, la experiencia de 2024 debería abrir el camino para una reflexión normativa sobre los riesgos de recurrir de forma sistemática a campañas negativas. Más allá de su efectividad electoral, estas estrategias tienden a oscurecer el debate público, empobrecen la deliberación democrática y dificultan la construcción de propuestas sustantivas. En lugar de contribuir a la formación de ciudadanía crítica, refuerzan la polarización y el desencanto político. Por ello, el capítulo propone no solo indagar los factores que favorecen el surgimiento de campañas negativas, sino también evaluar sus implicaciones para la calidad del sistema democrático y el fortalecimiento de una cultura política basada en el diálogo, la pluralidad y la responsabilidad.

La tercera parte de esta obra cierra con una mirada crítica y metodológica rigurosa del uso de estrategias digitales en las campañas presidenciales de 2024. Desde una perspectiva centrada en la comunicación política en redes sociales, el capítulo de Paloma López-Portillo Vázquez y Eduardo G. De Quevedo Sánchez, del equipo de Signa_Lab, ofrece un análisis detallado de los anuncios pagados en Facebook e Instagram por los tres principales candidatos presidenciales: Claudia Sheinbaum, Xóchitl Gálvez y Jorge Álvarez Máynez. A través de datos extraídos de la Meta Ad Library, su estudio evaluó variables clave como el gasto promedio, el alcance, la segmentación de audiencia y las narrativas empleadas en los contenidos publicitarios.

El estudio reveló que las plataformas digitales fueron utilizadas de forma estratégica para alcanzar tanto públicos generales como segmentos específicos. La campaña de Xóchitl Gálvez se distinguió por un mayor volumen de anuncios y un gasto elevado, orientado a maximizar visibilidad nacional. En contraste, las campañas de Claudia Sheinbaum y Jorge Álvarez Máynez mostraron una segmentación más focalizada, con mensajes dirigidos a audiencias regionales y temáticas específicas. Este enfoque permitió una comunicación más personalizada, aunque con menor volumen de impresiones.

El análisis semántico del contenido publicitario esbozado en el capítulo permitió identificar clústeres temáticos que diferencian con claridad las narrativas de cada candidatura. Gálvez centró sus mensajes en propuestas de mejora en seguridad y educación, acompañadas de una crítica constante al gobierno de la 4T. Sheinbaum, por su parte, articuló una narrativa de continuidad, destacando su trayectoria como científica y jefa de gobierno, así como la defensa de empresas estratégicas como Petróleos Mexicanos (Pemex) y la Comisión Federal de Electricidad (CFE). Álvarez Máynez adoptó una postura renovadora, enfocada en la juventud, los derechos humanos y el rechazo a la “vieja política”.

Uno de los hallazgos más relevantes del estudio es que un mayor gasto no garantiza por fuerza un mayor alcance. Las campañas más focalizadas resultan más eficientes en términos de impresiones y conexión con el público objetivo. Este dato sugiere que, conforme se acerca la jornada electoral, los equipos de campaña ajustan sus estrategias en función de la respuesta de la audiencia y la evolución del contexto político. En conjunto, este capítulo aportó evidencia empírica sobre cómo las campañas digitales están redefiniendo la comunicación política en México. El uso de plataformas no solo permite una segmentación más precisa, sino que también plantea nuevos desafíos en términos de transparencia, regulación y calidad del debate público.

A manera de conclusión de esta obra colectiva, se puede establecer que las elecciones de 2024 en México no solo representaron un proceso electoral de gran magnitud, sino un punto de inflexión en la configuración del sistema político, la representación democrática y las estrategias de competencia partidista. A lo largo de este libro, se documentó y analizó la transformación estructural del sistema de partidos, las dinámicas subnacionales, el ascenso de nuevas fuerzas políticas, la reconfiguración de las lealtades electorales, el impacto de las reformas de paridad de género, y el papel cada vez más decisivo de las plataformas digitales en la comunicación política.

Con sus tres partes, este libro invita a leer las elecciones de 2024 como un momento constitutivo de una nueva fase en la vida política del país. A través del análisis de las dinámicas partidistas, las estrategias de campaña y los cambios en la representación, se ofrecen herramientas para comprender no solo lo que ha ocurrido, sino también lo que está en juego en los procesos electorales por venir. La transformación del sistema político mexicano exige una mirada crítica, interdisciplinaria y comprometida con el fortalecimiento de la democracia, la pluralidad y la inclusión.

REFERENCIAS

- Díaz Jiménez, O.F., Patrón Sánchez, F., y González Tule, L. (2023). Elecciones intermedias 2021. Tendencias, inercias y continuidades. En F. Patrón Sánchez, O.F. Díaz Jiménez, y L. León Ganatios (Eds.), *Las elecciones intermedias en México 2021. Competencia, comportamiento y escenarios electorales*. Universidad de Guanajuato; Secularte.
- Díaz Jiménez, O.F., y Martínez-Hernández, A.A. (2024). Ciclos y cambio en los sistemas de partidos en América Latina. Limitada consolidación, desinstitucionalización y colapso. (presentación). *Revista Mexicana de Análisis Político y Administración Pública*, 12(24), 3-25.